



LOS APELLIDOS DE

María

LAURA VÁSQUEZ CALDERÓN


EDITORIAL
UCR

LOS APELLIDOS DE
María

LAURA VÁSQUEZ CALDERÓN


EDITORIAL
UCR
2023

CR863.5

V335a

Vásquez Calderón, Laura.

Los apellidos de María / Laura Vásquez Calderón.

– Primera edición. – San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2023.

174 páginas.

ISBN 978-9968-02-053-4

1. NOVELA COSTARRICENSE. 2. LITERATURA COSTARRICENSE. I. Título.

CIP/3829

CC.SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2023.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Pamela Bolaños A.* • Revisión de pruebas: *Jessica López V.*
Diseño de contenido y portada: *Abraham Ugarte S.* • Diagramación: *Karla Cruz M.*
Control de calidad: *Albán Guerrero C.* y *Abraham Ugarte S.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Febrero, 2023.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Sánchez

En ocasiones, cuando cesaba el ruido y se encontraba inmersa en sus pensamientos, la inundaba el miedo a la soledad, aunque estaba acostumbrada a entenderse sola, a escuchar el estallido de su propia voz contra las paredes en las noches mientras discutía consigo misma. En esos momentos, la atrapaba la incertidumbre de una certeza pasajera, se convencía de que había alguien, en algún lugar, destinado a estar a su lado. Las probabilidades tenían que darle la razón. A veces imaginaba el color de sus ojos, cuando sus pensamientos oscilantes la llevaban demasiado lejos, o podía incluso adivinar el timbre de su voz, lo que la hacía caer en un colapso transitorio seguido por el miedo de que, quizá, ya era demasiado tarde.

¿Qué pasaría si en algún momento, sin darse cuenta, le pisaba los pies en una muchedumbre? O ¿si le golpeaba el hombro en alguna acera y, ante la ignorancia de la normalidad de chocar con alguien en cualquier acera, era incapaz de reconocerlo? Otras veces se preguntaba: ¿y si ya lo había conocido?, ¿si ya le había tocado la piel o los labios, pero por un idiota instinto de mantenerse intacta lo había dejado ir? o ¿si simplemente hubiesen pasado inadvertidos él o ella, o ambos, y se acostumbraron a saludarse de manera fría e intercambiar un “¿cómo ha estado?” en la más vulgar miopía de no ver que ya se habían encontrado?

Quizá por eso prefería la exploración, el tacto, la certeza.

Con Sánchez no existía ninguna duda, él no era ese alguien, a veces resultaba tedioso besarlo en la boca. Ni siquiera se atrevía a preguntarle la edad, pues era casi un hecho que se la doblaba, y eso solo haría más incómodo lo evidente.

Siempre había relacionado cada una de sus décadas de vida con un color distinto. La primera fue amarilla en sepia, su infancia la sintió añeja, aunque en ese momento la viviera en presente. En su adolescencia se sentía naranja, un naranja brillante en constante maduración, al igual que su cuerpo y su mente. Para sus veintes se había vuelto roja, intensa, como una copa de sangría contra la luz. En sus treinta se volvió verde: verde hoja, verde musgo, verde llanura y verde montaña. Ya para sus cuarentas sentía la vida tiñéndose de púrpura, en un tono traslúcido como los atardeceres de colores en la ciudad, hijos de la contaminación. Era un color simple, tibio, como el efecto óptico de las partículas suspendidas en la atmósfera en cualquier mañana de junio: pálido, sin premura, lívido como el café de la tarde después de muchas tardes de café, con un ritmo suave como los rayos minúsculos de luz violeta que abrazaban la espalda descubierta de ese chico que sudaba y temblaba al compás sinfónico de sus gemidos.

Los hombres menores de treinta le resultaban poco interesantes, siempre fue así. Le parecía que sufrían de una dicotomía pueril entre hacer el amor con euforia y tratar de contenerse por la necesidad banal de parecer experimentados, un innecesario gasto de energía a estas alturas de su vida, o a la altura de cualquier vida, aparentar durante el sexo. Lo que sí le gustaba de ellos era la irremediable mirada de cachorros frágiles y agradecidos después del clímax. Sin embargo, en alguna que otra ocasión, Sánchez le regaló minutos eternos de orgasmos maduros que ella sin duda supo saborear, pero no era esa la razón por la que volvía a él a pesar de la apatía, la certeza y el cansancio.

A sus cuarenta y tantos había conseguido un perfecto dominio de su cuerpo, de sus movimientos, de la magia que explotaba de su pelvis. Conocía y apreciaba el destilado magnífico que emanaba de su cerebro, que sabía acompañar con la succulenta canción elocuente de sus palabras; estaba muy lejos ya de la falsa modestia juvenil. Había aprendido que siempre era mejor respirar con un ritmo natural: agitarse debilita, correr no es necesario, llorar más de la cuenta arruga innecesariamente. Ya no perseguía quimeras como cuando tenía veinte y creía que podía controlar su felicidad, ahora solo se

dejaba llevar por el tiempo que diariamente la volvía más sabia y se la llevaba de la mano a placer y discreción de la causalidad. A su edad ya había resuelto muchas de las preguntas de su vida, aunque a veces insistía en agregarle un poco de drama y confusión, como un instinto primitivo de sacudirse para sentirse viva.

Ese día en particular estaba distraída; tenía demasiadas cosas en la cabeza como para distanciarse de sus pensamientos y permitirse sentir. No podía dejar de pensar y enumerar sus responsabilidades cotidianas. Debía revisar exámenes parciales y ensayos de tema libre, la mayoría con más faltas de ortografía de lo que la lógica universitaria y la tecnología alcahueta podían permitir. Los casos de su trabajo, aquellos por los que en realidad le pagaban se empezaban a acumular en su escritorio. Tenía que hacer la compra de víveres, pues en su refrigeradora no había nada más que unas botellas de cerveza y alguna que otra naranja a punto de morir; estaba segura de que no podría soportar otra cena con la comida de ese restaurante chino que había visitado todas las noches durante la última semana.

Mientras Sánchez la penetraba, pensó en el recurso de amparo que había redactado en la mañana, se distrajo al imaginar la tala de cinco hectáreas cerca de aquel parque nacional. Esos malditos piñeros querían tirar el bosque abajo para sembrarlo de piña de exportación. Pensó, entonces, en la vez que Horacio le preparó un batido de piña de exportación, había olvidado sacarle la pulpa y para María fue difícil hacer que aquel líquido espeso y grumoso pasara por la pajilla de bambú que llevaba grabado su nombre en letras diminutas. “Esta sí que es de calidad, la cosa más dulce que vayás a comer en la vida” –le dijo– y era cierto, pero no valía el costo que el país debía pagar por ella.

—María, ¿estás bien? Te secaste.

María sonrió, se chupó los dedos y se acarició el sexo. Trató de concentrarse esta vez.

Ahí seguía la imagen de líneas y líneas perfectas de piña, un verde oscuro y punzante que se prolongaba por hectáreas completas de fertilizantes tragados por la tierra, la nube invisible de veneno,

millones y millones de dólares que se escapaban en el primer barco hacia Europa como una burla al sistema arancelario de su muy permisivo país. Pensó en las familias con las que se había reunido el día anterior, los ojos llorosos por el miedo a los patronos, por la falta de dinero y por los agroquímicos; se sintió frustrada. Luego pensó en los ojos de Horacio sonriendo por debajo de los anteojos, su pelo corto, sus labios flacos, el recuerdo indignante de la vez que él le dijo que ya no podían continuar así, que ya no estaba seguro de amarla, que no se podía perder la vida en un matrimonio insípido. Esa fue la palabra: insípido.

—¡Imbécil! —Se le escapó decir en voz alta.

—¿Y ahora qué hice?

Sánchez se levantó de un golpe, la erección hizo lo contrario. Él esperaba impaciente los miércoles por la tarde para que, después de la clase de Derecho Constitucional, María se lo llevara lejos, le quitara la ropa, le besara el cuello, lo dejara estar arriba por un rato y tomar el control.

Sánchez era un muchacho guapo, quizá demasiado guapo, demasiado idílico. Había crecido en el seno de una familia “humilde”, decía él para hacerle honor al eufemismo que describe a un sistema desigual. Estudiaba con beca completa desde su primer año de universidad, bajo la luz de una lámpara en las madrugadas para mantener la condición de excelencia académica exigida más por su ego que por los mismos requisitos de la beca.

A pesar de su edad, era bastante maduro, tenía que serlo. Había crecido con su madre y su media hermana en una casa pequeña que alquilaban por un precio absurdo para las condiciones en las que estaba, nunca conoció a su padre, nunca quiso saber nada de él. Se había acostumbrado a trabajar medio tiempo durante sus vacaciones para ayudar a pagar las facturas y sabía comportarse casi como un padre frente a su hermana a la que, como un cliché del patriarcado, también la había abandonado su propio padre antes de cumplir los dos años. Entendía completamente que el mejor camino para romper ese enmarañado círculo de pobreza que había perseguido

desde siempre a su familia era estudiar, hacerse un camino seguro, crearse un nombre a través de una profesión. Quizá entonces podría decirle a su madre que no era necesario que siguiera trabajando, que ya no tenía que aguantar las humillaciones de la clase alta que la veían menos por recogerles la basura, tal vez por fin ella podría descansar y empezar a vivir.

Siempre fue un buen muchacho.

Con su voz grave y profunda y sus hermosos ojos color miel daba la apariencia de tener más autoridad frente a la vida. A María solo le gustaban las personas con quienes pudiera cruzar al menos un par de líneas coherentes después del sexo, no toleraba el silencio incómodo de quien hace un trueque de placer por comodidad. El único silencio que llegó a apreciar era el que compartía con Horacio; a veces solo se daba mientras se tocaban las manos, compartían una copa de vino tinto algún sábado por la noche o mientras se secaban el sudor que generaba el sexo con ahínco.

Desde el primer día que Sánchez la vio entrar por la puerta del aula 214 de la Facultad de Derecho, con su pantalón ajustado y el bolso café, supo que necesitaba besarle los pechos, acariciarle las nalgas, morderle el cuello y sentirla hasta que se acabara el tiempo. Cuando la escuchó iniciar su clase, con las palabras correctas y los argumentos adecuados, supo que la amaría irremediablemente.

—Perdoname, tengo mil cosas en la cabeza, creo que mejor lo dejamos para la otra semana —le dijo ella mientras, con un gesto estoico, se ponía de pie y comenzaba a vestirse sin siquiera secarse el sudor.

A la cara de cachorro ahora se le añadía un puchero sutil. Pasaría toda la semana soñando con volver a verla. Las horas en clase, los compañeros presumidos, los viajes en el bus, el hambre en las tardes cuando sus amigos decidían ir a tomarse una cerveza mientras él, como pretexto, a] la falta de dinero prefería ir a encerrarse en la biblioteca, solo eran tolerables gracias a la promesa de la clase de los miércoles a la una de la tarde con la M. Sc. María Cristina Sanabria Leitón. En ese momento, sin embargo, tendría que sufrir el resto del día con el sexo frustrado, el falso dolor testicular y

los goterones gigantes que su paraguas a duras penas soportaba entretanto cruzaba la ciudad para llegar a su casa en el barrio pobre del oeste. Bostezaría de vez en cuando y se cubriría la boca con las manos que aún sabían a sexo.

Esa tarde toda su buena voluntad no valía nada. No importaba el esfuerzo, no importaban las notas casi perfectas durante los tres años cursados de la carrera de Derecho, tampoco la promesa de un futuro brillante, ni su linda cara, ni su voz de adulto, ni sus ojos miel de cachorro con hambre ni lo mucho que anhelaba que ella le correspondía sus deseos. Esa tarde se sentía derrotado.

Realmente no importaba qué tan alto escalara o lo mucho que se quisiera esforzar, a los ojos de María siempre sería un simple chiquillo estúpido, un juguete desechable, alguien que no posee lo único que realmente le parece imprescindible. Esa tarde, al igual que todos los miércoles después del sexo, la odió con su estómago, con su hígado, con sus intestinos. La odió porque se sentía poca cosa al lado de la magnífica María, la odió porque ella parecía no enterarse de lo mucho que la odiaba al desearla tanto. La odió por la ausencia de reciprocidad y por haberse cruzado en su vida.



María

—No me juzgués —dijo mientras lo volvía a ver—. Siento que una pequeña diminuta, chiquitita de mí sabe que no debería seguirlo viendo; pero es que es tan fácil, es necesario el desahogo. Vos tenés que entenderme.

»Lo sé, lo sé. Sé que debería de empezar a comportarme como alguien de mi edad. A veces siento que todas las personas deben pensar que soy una vieja loca solterona con treinta gatos en la casa, esperando a verme morir para devorar mis entrañas. Posiblemente me juzgan porque soy soltera, sin hijos y lejos de ser joven.

»Quizá debería hacer algo al respecto. Conseguirme un novio de tapadera, alguien que vaya a comprar los víveres cuando yo no tengo miedo. ¿No te interesa?

—¿Ser tu novio?

—No, tonto. Comprarme los víveres. Necesito comida hecha en casa para variar. A esta edad tenemos dos opciones: comemos sano o hacemos ejercicio.

—No creo que sean excluyentes.

—Para mí sí lo son. Y seamos sinceros, el ejercicio nunca ha estado dentro de mi lista de prioridades, o las tuyas. Así que estaba pensando ir donde una nutricionista que me recomendó Magda. ¡Ay, Magda!, tengo que mandarle unos correos con unos documentos para que los revise, no se me puede olvidar. Es la mejor asistente que he tenido en años, así que no, antes de que me veás con esa cara, no te la voy a presentar.

»También necesito concentrarme en lo que es importante. Tenemos que ponernos a trabajar en ese caso de los piñeros, esos hijos de puta no nos la van a jugar. Y mirá, ¿me vas a acompañar al foro sobre la Ley de Aguas? Ya tengo lista la exposición y sería lindo si algún medio cubre el evento. ¿Cuento con vos?

—Siempre.



Acerca de la autora

Laura Vásquez Calderón es una autora costarricense, sancarleña de nacimiento, pero residente de la provincia de San José desde hace más de doce años. Se graduó de la carrera de Ciencias Políticas en la Universidad de Costa Rica y actualmente se desempeña en el área de Recursos Humanos como reclutadora especialista en tecnología e información digital.

En 2018 publicó su primera novela bajo el título *Plano Cenital*, con la Editorial UCR.

Además de la literatura, se ha dedicado a diferentes ramas del arte como la pintura, el dibujo, la fotografía, la actuación, la producción radiofónica y el diseño gráfico.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Una podría llegar a pensar que recordaría el nombre de alguien que le marcó la vida, pero ¡qué va! Las primeras veces están sobreestimadas... Además, soy muy mala para los nombres, me aprendo mejor los apellidos. Los apellidos los guardo en una bolsita aquí en mi memoria. A veces los saco y los enumero por diversión, a veces también me sirven para secarme las lágrimas.

Los apellidos de María narra la historia de una mujer, que al llegar a su mediana edad se encuentra entre la dicotomía del éxito profesional y la soledad personal.

María es una abogada que dedicó toda su vida a la defensa del ambiente y distintas luchas sociales, mientras se sumergía en el disfrute clandestino de su sexualidad, en medio de una sociedad conservadora con reglas de comportamiento y estándares diferenciados para las mujeres. María rompe los contratos sociales sobre monogamia y se encuentra a sí misma por medio del sexo.

La historia es un compilado atemporal de Sus Apellidos, sus memorias, sus conquistas, cada apellido apela a un amor, a un cuerpo, a un recuerdo.

